

## LA CRISIS DE LA MONARQUÍA BORBÓNICA. LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

La actitud de España ante los acontecimientos revolucionarios de 1789 en Francia fue primero de prudente cautela y después de claro enfrentamiento, al producirse la ejecución de Luís XVI. Tras combatir sin éxito junto a otras potencias europeas a la Convención republicana, España firmó con Francia la paz de Basilea (1795) y, un año después, el Primer Tratado de San Ildefonso (1796), un acuerdo que, de hecho, recordaba a los antiguos Pactos de Familia. El nuevo hombre fuerte de la Corte española y favorito de Carlos IV, Manuel Godoy, fue quien protagonizó ese acercamiento a una Francia que, por otra parte, tras la llamada "reacción thermidoriana" y la implantación del Directorio iba aplacando su furia revolucionaria y que, a su vez, necesitaba la alianza de España frente al enemigo común: Inglaterra.

La llegada de Napoleón al poder a fines de 1799 apenas varió dichas relaciones. Para el futuro Emperador seguía siendo necesaria la alianza con España, a fin de poder contar con su escuadra, la única capaz de plantar batalla a Inglaterra; a su vez, para España y en concreto para Godoy, era mejor el entendimiento con tan poderoso vecino que un enfrentamiento del que poco se podía ganar. Y esa fue la pauta que hizo posible la firma de un nuevo Tratado de San Ildefonso en 1800.

La alianza entre Napoleón y Godoy se mantuvo hasta que la escuadra franco-española fue derrotada por la británica en Trafalgar, en 1805. A partir de este momento, España ya no podía ofrecer nada al Emperador quien, por su parte, se planteó su incorporación a sus proyectos imperiales. Así, con la excusa de intervenir en la conquista de Portugal –principal aliado continental de Inglaterra-, Napoleón forzó a Godoy para que firmara el Tratado de Fontainebleau (1807) que permitía a las tropas francesas atravesar la Península.

Al tiempo que ocurrían estos acontecimientos se fue haciendo más fuerte la oposición popular y de un importante sector de la Corte contra Godoy, a quien se le achacaban todos los males del país, y contra un Carlos IV incapaz de estar a la altura de las circunstancias. Incluso el propio Príncipe de Asturias, que se presentaba como la nueva esperanza para España, participaba en las conspiraciones contra su padre y contra el favorito. De momento, Godoy descubrió los tratos del futuro Fernando VII para derrocar al aún Rey Carlos IV y la llamada Conjura del Escorial (1807) fue abortada. Pero unos meses después (marzo de 1808) estalló una revuelta de la nobleza, apoyada por el ejército y el pueblo, cuando fue descubierta en Aranjuez la huida de la Familia Real española en un momento en el que el país estaba de hecho ocupado por los franceses. El Motín de Aranjuez supuso la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII.

Estos inesperados acontecimientos decidieron a Napoleón a intervenir más directamente de lo que había pensado en España. Con la excusa de poner en claro la situación de la Familia Real española, Napoleón mandó llamar a Carlos y a Fernando para entrevistarse con ellos en la localidad francesa de Bayona. Allí, entre los últimos días de abril y primeros de mayo de 1808, Carlos IV y Fernando VII renunciaron a sus derechos a la Corona española que depositaron en manos de Napoleón. Y éste nombró a su nuevo hermano José nuevo Soberano de España.

Tras las "abdicaciones de Bayona", España pasaba a convertirse en uno de los Estados satélites del Imperio Napoleónico. Un Imperio que intentaba sintetizar la tradición con las innovaciones revolucionarias francesas. Y es este propósito lo que hizo que Napoleón convocara a una asamblea de notables a Bayona para redactar una Constitución que iba a regir a la nueva Monarquía española y que pretendía introducir una amplia modernización en el país.

***Decreto de Napoleón de 3 de junio de 1808.***

*"Napoleón, Emperador de los franceses, rey de Italia, etc., etc. A todos los que las presentes vieren, salud.*

*Españoles: después de una larga agonía, vuestra nación iba a perecer. He visto vuestros males y voy a remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder son parte del mío.*

*Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos a la corona de las Españas; yo no quiero reinar en vuestras provincias; pero sí quiero adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de vuestra prosperidad.*

*Vuestra monarquía es vieja; mi misión se dirige a renovarla; mejoraré vuestras instituciones y os haré gozar de los beneficios de una reforma sin que experimentéis quebrantos, desórdenes y convulsiones.*

*Españoles: he hecho convocar una Asamblea general de las diputaciones de las provincias y de las ciudades. Yo mismo quiero saber vuestros deseos y vuestras necesidades.*

*Entonces depondré todos mis derechos, y colocaré yo mismo vuestra gloriosa corona en las sienes de otro, asegurándoos una Constitución que concilie la santa y saludable autoridad del Soberano con las libertades y privilegios del pueblo.*

*Españoles: acordaos de lo que han sido vuestros antepasados y mirad a lo que habéis llegado. No es vuestra la culpa, sino del mal gobierno que os regía. Tened suma esperanza y confianza en las circunstancias actuales, pues quiero que mi memoria llegue hasta vuestros últimos nietos y que exclamen: es el regenerador de nuestra patria.*

*Dado en nuestro palacio imperial y real de Bayona, a 25 de mayo de 1808.*

*Napoleón. Por el emperador, el Ministro Secretario de Estado, Hugo B. Maret".*

*Gaceta de Madrid, 3 de junio de 1808.*

Se inicia entonces un periodo en la historia de España, los años que van desde 1808 a 1814, durante el que tiene lugar un triple proceso:

- a) un levantamiento popular contra el dominio napoleónico, cuyo episodio más conocido se produjo el 2 de mayo de 1808 en Madrid, liquidado sangrientamente por las tropas de Murat e inmortalizado por Goya; (ver final del tema anterior).
- b) una revolución total cuando en 1810 los liberales consiguieron reunir en Cádiz, prácticamente el único lugar no ocupado por los franceses, unas Cortes no estamentales.
- c) Estos acontecimientos ocurren mientras existe una **confrontación bélica** que llega a internacionalizarse plenamente con la presencia de los británicos mandados por Wellington.

## 1. LAS CAMPAÑAS DEL VERANO DE 1808.

Las declaraciones de guerra que sucesivamente ordenaron las Juntas provinciales inician, propiamente, el período bélico, que reflejará, en la dispersión de esfuerzos en su fase inicial, la carencia de un centro político que diese unidad a las operaciones militares. La situación militar el 1 de junio es excepcional, por cuanto ambos contendientes tienen sus fuerzas ampliamente distribuidas a lo largo del territorio peninsular, hasta tal extremo que buena parte de ellas coexisten en una misma zona.

Al comienzo de las hostilidades, las fuerzas francesas en la Península suman algo más de 160.000 hombres que, bajo el mando supremo de Murat y divididas en cinco cuerpos de ejército, se habían ido desplegando en varias zonas de ocupación amparadas en el Tratado de Fontainebleau (1807):

- Junot ocupaba LISBOA con el *Primer Cuerpo de la Girona*.
- La SUBMESETA NORTE, ocupada por el cuerpo de los *Pirineos Occidentales* al mando de Bessières, que aseguraba el enlace con Francia con guarniciones escalonadas en Lerma, Burgos y Miranda de Ebro, y hacia el nordeste, Vitoria, San Sebastián y Pamplona.
- La ZONA CENTRAL DE LA CUENCA DEL TAJO, con el *Segundo Cuerpo de la Girona* y el de las *Costas del Océano* conducidos respectivamente por Dupont y Moncey, con destacamentos situados en El Escorial, Madrid, Aranjuez y Toledo.
- BARCELONA, donde se mantenía el cuerpo de los Pirineos Orientales al mando de Duhesme, conservando una precaria comunicación con Francia por Figueras.

De estas fuerzas, aproximadamente una tercera parte eran veteranos del ejército regular, aunque muy irregularmente distribuidos. La caballería alcanzaba efectivos que sumaban 12.000 jinetes.

El ejército español contaba con 100.000 hombres encuadrados en tropas regulares y unos 30.000 en las milicias urbanas y cuerpos de mutilados hábiles, destinados estos últimos a guarnecer determinadas plazas. De los primeros, la división del marqués de la Romana, con unos 15.000 hombres seleccionados, había sido destinada a colaborar con los franceses y estaba al comenzar la guerra de guarnición en Dinamarca. Había, además, diez regimientos extranjeros, con un total de 13.000 hombres. La fuerza real de la infantería española no pasaba de los 58.000 hombres. La caballería y la artillería tenían una importancia secundaria, y sus efectivos estaban infrautilizados. La primera contaba con 16.800 hombres, que disponían, sin embargo, únicamente de 9.000 caballos. La segunda contaba con 6.500 artilleros, quienes para trasladar unas 216 piezas y sus correspondientes municiones no contaban al comenzar la guerra sino con unos 400 animales de tiro.

La superioridad numérica de los efectivos franceses, establecida en una relación aproximada de 1,5 a 1, aumentaba sensiblemente de resultados de la *mayor movilidad* de sus unidades frente a las de cualquiera de los ejércitos europeos de la época. La organización del ejército en *divisiones* señala la aparición de las primeras grandes unidades autónomas, capaces de operar de manera independiente, al reunir en un solo conjunto las diversas armas necesarias para la marcha y el combate. Desde el comienzo de las guerras de la Revolución, el ejército francés practicó el sistema, que Napoleón elevaría a principio doctrinal, de *vivir sobre el país*, decisión que libraba en buena parte a las unidades combatientes de las necesidades y limitaciones derivadas de la dependencia de la propia intendencia, aumentando su capacidad de movimientos y la rapidez de su marcha. Cabe, finalmente, señalar la circunstancia de que el *aire de marcha* de los ejércitos franceses había sido elevado a 120 pasos por minuto frente a los 70 tradicionales en las restantes tropas continentales.

La superior movilidad de los ejércitos del emperador constituye la pieza básica de su estrategia: la *acción ofensiva* basada en la *rapidez de la concentración* de las fuerzas destinadas a combatir. Una rápida reunión de las tropas distribuidas en el área de la batalla

transforma la relación puramente cuantitativa de fuerzas en sentido favorable a los soldados que caminan más deprisa.

Ahora bien, la explotación estratégica de las ventajas derivadas de la mayor movilidad y de la superioridad circunstancial en un lugar y en un momento determinado, de nada sirve si no tienen como meta atacar y destruir al enemigo. Frente a la estrategia defensiva de los ingleses y de los españoles en buena parte de la guerra, y frente a las modalidades completamente novedosas del sitio y la guerra de guerrillas, los franceses, que no pueden dejar de atacar, tanto por razones políticas –aspiran a pacificar el país- como militares -la acción ofensiva les da una indiscutible superioridad en el campo de batalla-, van a perder buena parte de su efectividad.

El levantamiento nacional de España en mayo-junio de 1808 supuso el inmediato aislamiento de los cuerpos de ejército de Junot en Portugal y Duhesme en Barcelona. Como ya hemos comentado, las fuerzas de Moncey y Dupont concentradas en torno a la capital conservaban su comunicación con Francia gracias a las tropas de Bessières que, desde Vitoria, cuidaba de la protección de la comunicación con Madrid.

Las ideas político-militares de Napoleón le habían hecho concebir el eventual conflicto español como una nueva guerra dinástica en que la escasa superioridad numérica francesa bastaría para liquidar unos levantamientos que a sus ojos no tendrían mayor importancia. De aquí sus órdenes para una rápida ocupación del país, aun a riesgo de diluir sus fuerzas hasta extremos teóricamente peligrosos, a lo que seguiría –en su concepto- la total pacificación. Así, dirá el mariscal Bessières. “Teniendo las capitales, el país se mantendrá tranquilo; mas si continúan en agitación, algunas columnas móviles cayendo sobre los focos y haciendo algunos castigos ejemplares, restablecerán el sosiego”.

El plan de operaciones preveía, en consecuencia, un amplio despliegue de fuerzas destinadas a cubrir una ambiciosa serie de objetivos constituidos por otras tantas ciudades.

A comienzos del verano se inician las **ofensivas francesas**:

- **SUBMESETA NORTE:**
  - Desplazamiento hacia la COSTA CANTÁBRICA y ataque a SANTANDER que se rinde el 23 de Junio.
  - Otro grupo se dirige al VALLE DEL DUERO y derrota al ejército español al mando de Blake y Cuesta, en Cabezón (10-Jun-1808) y Medina de Rioseco (14-Jul.). Los franceses ocupan PALENCIA, BURGOS, VALLADOLID... y aseguran el camino de Madrid frente a un ataque desde el oeste. El ejército español se ha replegado hacia León y Galicia.
  - Un tercer contingente avanza por el Ebro con la misión de tomar ZARAGOZA, cuyo levantamiento, al extenderse a Logroño y otras poblaciones, amenazaba por el este el camino de Madrid. El ejército francés ocupa Logroño (6-Junio), Tudela y sitia la ciudad de Zaragoza, pero las noticias de Bailén obligan a levantar el cerco el 14 de agosto y retirarse hacia Vitoria.
  
- **Desde BARCELONA:**
  - Contra GERONA, para asegurar así la comunicación de Barcelona con Figueras y Francia. El cerco de la ciudad fracasa y los franceses deben replegarse acosados por los somatenes. (Ver en la página siguiente: Los sitios.)
  - Contra TARRAGONA, para poder proseguir de esta forma por la costa mediterránea hacia Valencia; A pesar de ocupar la ciudad sin encontrar resistencia, los franceses deben abandonarla y replegarse a Barcelona.
  - Contra ZARAGOZA, para apoyar las operación anteriormente citada. Son detenidos en el paso del Bruch al pie de Montserrat (Barcelona), lo que les impide el acceso a Aragón. (Ver “Los sitios”).
  - La primera campaña de Cataluña terminaba de manera desastrosa para los franceses, quienes habiendo perdido el dominio del espacio desde el

momento inicial del levantamiento, habían fracasado en sus intentos de abrirse camino, y no podían subsistir en el Principado fuera de Barcelona, cuyas defensas excedían con mucho las posibilidades artilleras de los efectivos españoles.

- CENTRO:

- 4-Junio: Moncey hacia VALENCIA a través de Cuenca, pero fracasa y regresa a Madrid por Almansa.
- 24-Mayo: Dupont se encamina desde Toledo hacia el sur para iniciar la ocupación de ANDALUCÍA. Su avance es rápido y no se ve obstaculizado por los españoles. Los franceses franquean Despeñaperros, ocupan Andujar (2-Jun) y se dirige a Córdoba. Después de derrotar a sus defensores en Alcolea, Córdoba es ocupada y brutalmente saqueada. La noticia provocó el levantamiento general del valle del Alto Guadalquivir y de la zona de Sierra Morena, a lo que siguió la inmediata ruptura de las comunicaciones francesas, pues todos los pequeños destacamentos establecidos para asegurar la ruta fueron aniquilados, al igual que las columnas en tránsito por la región. Dupont se dio clara cuenta de la imposibilidad de proseguir su avance, cuando recibió noticias de la marcha de un ejército veterano español al mando del general Castaños (gobernador militar del campo de Gibraltar) con no menos de 25.000 hombres. Se repliega y el enfrentamiento decisivo tiene lugar en BAILÉN del 19 al 22 de Julio. Tras la batalla capitulan todas las tropas francesas, incluidas las que procedentes de Madrid al mando de Vedel habían llegado de refuerzo.
- BAILÉN despierta el entusiasmo y la esperanza, aumentada con el fracaso de los sitios de Zaragoza y Gerona (ver abajo). Al mismo tiempo genera un cambio de actitud: se hace necesaria una autoridad única y centralizada para pasar a la ofensiva. Desde el punto de vista estratégico abrió el camino hacia Madrid. (El 31 de Julio José I huye de la capital).

*Sobre la batalla de Bailén y el destino de los prisioneros franceses:*

PINEDA, Isabel y PÉREZ SEGURA, Javier: *Cuadros con Historia. La capitulación de Bailén. H.<sup>a</sup>16, núm. 225, enero, 1995, pp.97-101.*

CALVO POYATO, José: *Las tropelías de Dupont. Antecedentes cordobeses al confinamiento de los prisioneros franceses en la isla de Cabrera. H.<sup>a</sup>16, núm.97, 1984, pp.27-33.*

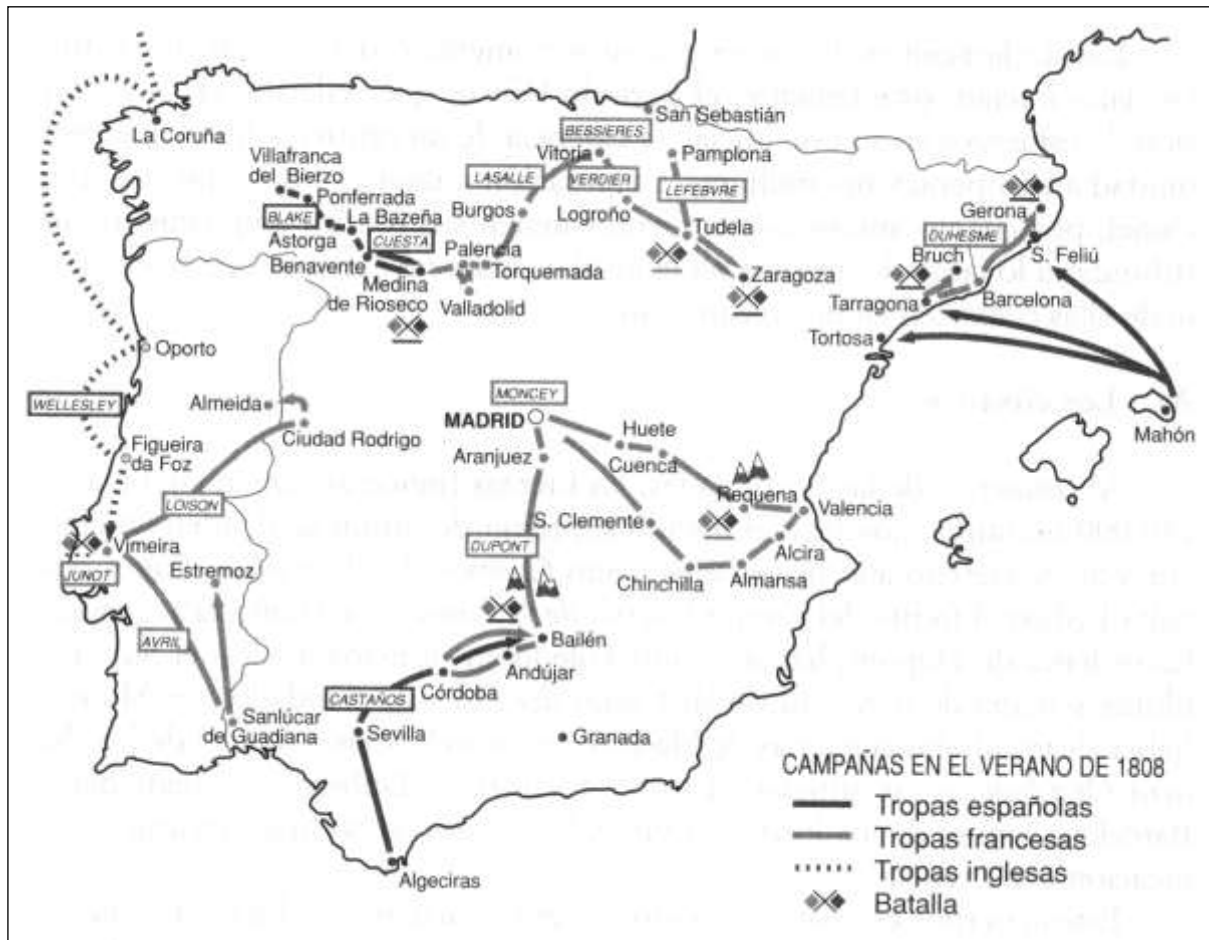
ROMERO ROMERO, Fernando: *Prisioneros de guerra franceses en Villamartín (1808-1809). Un preludio al confinamiento de la división de Dupont en la isla de Cabrera. H.<sup>a</sup>16, núm.246, octubre 1996, pp.21-29.*

AYMES, Jean-René: *Cabrera, la isla de la muerte. H.<sup>a</sup>16, núm.52, 1980.*

- PORTUGAL:

- Derrota del ejército de Junot (30 de agosto) tras el desembarco del cuerpo expedicionario inglés al mando de Wellesley. Convenio de Cintra: los franceses (22.000 hombres) evacuaban Portugal en buques y por cuenta del gobierno británico, para ser desembarcados en Francia.

Estos reveses obligan a un REPLIEGUE GENERALIZADO FRANCÉS A LA LINEA BILBAO-PAMPLONA y deciden a Napoleón a intervenir en la Península, trasladando 250.000 veteranos de la Grand Armée a Bayona y preparando a conciencia la campaña.



## **Los sitios.**

Los españoles deciden resistir en la ciudad, aprovechando los escasos elementos que la naturaleza y la estructura urbana ofrecían... A pesar de las apariencias, la decisión de defender la ciudad servía para nivelar los recursos de los combatientes. Los españoles descubrían en la barricada, fácilmente defendible dada la configuración de las calles, el medio de neutralizar la hasta entonces acción decisiva de la caballería y la artillería, en que los franceses poseían una superioridad indiscutible. La táctica defensiva en un recinto murado no requiere, por otra parte, ninguna formación militar, no exige la realización de maniobras y movimientos ordenados, sin los cuales no era posible mantenerse en campo abierto, y ni siquiera impone el mantenimiento estricto de una línea defensiva sustituida frecuentemente por combates en profundidad, en los que los invasores quedaban desconectados, reduciéndose la lucha a encuentros individuales.

Nada más lejos de la guerra de maniobra, tanto estratégica como tácticamente, que la lucha en Zaragoza o Gerona, cuya resistencia se salía por entero de los cánones conocidos de la guerra. Napoleón había innovado la doctrina de la resistencia de las plazas fuertes estableciendo que la apertura de una brecha no determinase, como en siglos anteriores, la rendición de la misma; pero ni siquiera él había previsto la resistencia de una ciudad abierta.

La superior potencia de fuego de los franceses y su habilidad maniobrera perdían buena parte de su eficacia al tener que combatir en un terreno limitado, en el que la artillería veía desaparecer buena parte de su eficacia material y aún más de la psicológica. La tenacidad con que los zaragozanos se aferraron a unas ruinas, que cada día hacían más difícil el acceso a la ciudad, encontró en esta ocasión un planteamiento táctico adecuado, cuyo resultado iba a ser el fracaso francés ante la capital aragonesa.

*(Una breve biografía de "Agustina de Aragón" por FORCADELL ALVAREZ, Carlos, en Historia 16, núm.120, Abril 1986, pp.93-97)*

*(Más amplia información sobre los sitios de Zaragoza en AYMES, J.R. "La guerra de la Independencia (1)". Cuadernos de Historia, núm.207, 1985, pp.18-24).*

### ***Carta de Palafox en respuesta al ultimátum enviado por el general Moncey***

*"El General en Jefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El Sr. Mariscal del Imperio observará todas las leyes de la guerra y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicación con todas partes de la Península, y nada me falta. Sesenta mil hombres, resueltos a batirse, no conocen más premio que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los Imperios.*

*S.E. el Mariscal Moncey se llenará de gloria, si observando las nobles leyes de la guerra, me bate; no será menor la mía si me defiendo. Lo que digo a V.E. es que mi tropa se batirá con honor (...).*

*Nada le importa un sitio a quien sabe morir con honor, y más cuando ya conozco sus efectos en 61 días que duró la vez pasada. Si no supe rendirme entonces, con menos fuerzas, no debe V.E. esperarlo ahora, cuando tengo más que todos los ejércitos que me rodean.*

*La sangre española vertida nos cubre de gloria, al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.*

*El Sr. Mariscal del Imperio sabrá que el entusiasmo de 11 millones de habitantes no se apaga con opresión, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su Patria. Ayer las tropas francesas dejaron a nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad; no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo más en proporción de hablar al Sr. Mariscal de rendición, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia que le es tan característica y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y más cuando ni la guerra ni los españoles los causan ni autorizan.*

*Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vencido y no puedo creerlo; pero Madrid no es más que un pueblo, y no hay razón para que éste ceda.*

*Tengo el honor de contestar a V.E. Sr. Mariscal Moncey con toda atención, en el único lenguaje que conozco y asegurarle mis más sagrados deberes.*

*Cuartel General de Zaragoza, 22 de diciembre de 1808. El general Palafox.*

*(Suplemento de la Gaceta del gobierno de 3 de febrero de 1809)*

José CANGA ARGÜELLES, *Observaciones sobre la guerra de España que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonderry y Napier*, Madrid, 1836, tomo II, documento XII, pp.71-74, (rep. En Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ, y Angel VIÑAS, *Lecturas históricas españolas*, Rialp, Madrid, 1981, pp.399-400)



## 2. LA CAMPAÑA NAPOLEÓNICA.

4-Noviembre-1808: Napoleón atraviesa la frontera al frente de sus mejores unidades y estableció su cuartel general en Vitoria, donde se reunió con su hermano José I. Venía acompañado de sus colaboradores más capacitados, los mariscales Soult y Víctor.

9-Noviembre: Las tropas del mariscal Víctor obtuvieron la victoria sobre el ejército de Blake en Espinosa de los Monteros (Burgos).

23-Noviembre: El paso hacia Aragón y Cataluña queda libre con la caída de los ejércitos españoles al mando de Castaños en Tudela. El general Moncey siguió el Ebro hasta Zaragoza, donde establecerá un nuevo cerco alrededor de la ciudad (19-Dic), que logró resistir casi tres meses bajo el mando de Palafox (hasta el 20-Feb-1809). El resto del ejército español, replegado hacia el sur, sufrirá una estrepitosa derrota (13-Enero-1809) en Uclés (Cuenca).

Mientras Napoleón había proseguido su marcha hacia el interior, con una nueva derrota para los patriotas en el puerto de Somosierra (30-Noviembre). El camino hacia la capital queda expedito y la Junta Central se vio obligada a abandonar Aranjuez y trasladarse hacia el Sur. El 4-Dic., tras un día de lucha desesperada, Madrid se rinde.

El emperador promulgó una serie de decretos, entre ellos la abolición del feudalismo, la supresión de la Inquisición y la reducción de conventos, con los que quizás esperaba contentar a la población.

Mientras, otro ejército acantonado en Perpiñán cruzó la frontera gerundense y auxilió a Duhesme, que estaba siendo hostigado en Barcelona.

Tras asegurar Madrid, Napoleón salió al paso del ejército auxiliar inglés dirigido por J. Moore, que avanzaba desde Portugal hacia Valladolid para romper las comunicaciones francesas con la frontera. El emperador se desplazó rápidamente a Tordesillas (Valladolid) y provocó la retirada de Moore hacia Galicia. Cuando se hallaba persiguiéndolo en Astorga (León), le llegó la noticia de que en Austria se estaba formando una nueva coalición anti-francesa. A primeros de 1809 regresó a Francia. En su lugar, Soult prosiguió la persecución del general inglés tomando La Coruña (19-Enero-1809) y seis días después El Ferrol, obligando de este modo a embarcar a las tropas inglesas.

*(Para la campaña napoleónica en España: PANDO DESPIERTO, Juan: "Napoleón en España. La marcha triunfal hasta Madrid". Historia 16, núm.129, Enero 1986, pp.39-56.)*



### 3. LA OCUPACIÓN FRANCESA (1809-1811)

La campaña de Moore cierra el ciclo de operaciones dirigidas por el emperador. Restablecida la situación militar, tras la dispersión de las fuerzas regulares españolas e inglesas, Napoleón se encuentra con el mismo problema al que hubo de hacer frente a comienzos del verano. Domina aproximadamente las mismas provincias, y al igual que entonces, necesita ocupar la parte del país que se mantiene en pie de guerra, a pesar del restablecimiento de la monarquía josefina en Madrid.

La extensión del dominio francés implica una típica guerra de desgaste, que requerirá tres largos años, al cabo de los cuales los franceses habrán logrado importantes triunfos tácticos y la ocupación de gran número de provincias españolas a cambio del sacrificio de buena parte de sus posibilidades humanas. No obstante, hay regiones enteras –Galicia, Murcia– que escapan a su control, y en las que nominalmente dominan, el campo y las comunicaciones están en manos de las guerrillas. Mayor importancia tiene el hecho de que la ocupación en ningún caso supone reconocimiento del nuevo estado de cosas por parte de la población, lo cual impone necesariamente una dispersión de efectivos, una distensión del mecanismo entero del ejército, al que llegará un momento en que sea incapaz de ir más allá. Wellington, en Portugal, disfrutará plenamente del nuevo planteamiento estratégico, no teniendo que combatir en estos años sino con ejércitos cuyos efectivos habían mermado de manera decisiva la distancia y la guerrilla.

La realización del programa de ocupación se desarrollaría siguiendo tres líneas fundamentales de penetración, que servirán para localizar las zonas de combate:

- **LEVANTE.** El objetivo inicial busca la unión de los cuerpos de ejército que operan en el valle del Ebro con el destinado a socorrer Barcelona. Una vez lograda la unión, que sólo será posible tras la ocupación de Lérida (14-Mayo-1810) y Zaragoza en el interior y las plazas de Tortosa (2-Enero-1811) y Tarragona (28-Junio-1811) en la costa, se podrá llevar a cabo la segunda fase de las operaciones, que culminarán en la ocupación de Valencia (9-Enero-1812), que señala el límite de las posibilidades para los ejércitos de Suchet.
- **ANDALUCÍA.** En el centro, tras una serie de batallas sin consecuencias notables, la derrota española en Ocaña (19-Noviembre-1809) provoca la ocupación de Andalucía. La expedición de Andalucía, en la que participaba el propio José I, atravesó Despeñaperros (18-Enero-1810) y después se dividió en dos líneas: una dirigida a Granada y a Málaga para dominar la zona oriental, y otra que, siguiendo el Guadalquivir, se encaminaba hacia Sevilla, sede de la Junta Central, donde llegó el 1 de Febrero. Este rápido avance tuvo, como veremos en el tema siguiente, importantes consecuencias políticas: la Junta Central hubo de refugiarse en Cádiz, y poco después, ante las críticas por las derrotas militares, fue disuelta y sustituida por un Consejo de Regencia. La guarnición de las ciudades andaluzas y el sitio de Cádiz servirá para fijar importantes efectivos franceses, que llegarán a alcanzar cifras próximas a los 100.000 hombres.
- **PORTUGAL.** En el Oeste, los intentos reiterados por arrojar a los ingleses al mar se liquidarán con otros tantos fracasos, lo que convertirá a Portugal, a partir del otoño de 1810, en una excelente base de operaciones, tanto por la seguridad que proporciona, cuanto por las posibilidades que brinda para atacar las posiciones fronterizas dominadas por los franceses a uno y otro lado del Tajo.

## 4. LA GUERRA DE GUERRILLAS

Incapaces de mantenerse en campo abierto ante tropas superiores en número, armamento, preparación, técnica y movilidad, los españoles abandonaron su fórmula primera –la guerra regular– estableciendo en su lugar un modo enteramente inédito de hacer la guerra –*la guerrilla*–, primera aparición histórica de la *guerra revolucionaria*.

La dispersión, el abandono de las banderas del regimiento, situación muy próxima a la deserción, es el punto de partida del nuevo perfil que iba a adquirir la guerra en la Península. Dicha dispersión que, inicialmente, es el reconocimiento de una indiscutible inferioridad, crea los supuestos que van a hacer posible la guerra revolucionaria. El fenómeno decisivo para el futuro desarrollo estratégico se produce cuando estas decenas de miles de fugitivos, que han perdido el contacto con unidades que, a su vez, se han esfumado al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha, mantienen, sin embargo, su decisión de combatir a los franceses por todos los medios a su alcance, cuando los desertores se afirman como beligerantes y se organizan en partidas para proseguir la lucha. Es la derrota y la dispersión las que determinan la aparición de las guerrillas en los primeros meses de 1809. Antes de esa fecha existen casos aislados que no constituyen sino excepciones incapaces de caracterizar un hecho colectivo.

Exceptuando a Juan Martín Díaz, *el Empecinado*, que inició sus ataques a los correos franceses con anterioridad al 2 de mayo, los guerrilleros de más prestigio entre los que operaban en la Península surgen todos en la etapa inmediata a la campaña napoleónica. Renovales, Espoz y Mina, el coronel Gayán, el brigadier Villacampa, el cura Merino, Porlier el Marquesito, Jáuregui el Pastor, etc...

*Se pueden ver, por ejemplo, MORENO ALONSO, Manuel: "Mito y tragedia del Empecinado", Historia 16, núm.185, Septiembre 1991, pp.31-45) y G. SIMÓN, Agustín: "El Empecinado", Historia 16, núm.106, Febrero 1985, pp.93-100).*

El origen de las guerrillas es múltiple, aunque, según M.Artola, fundamentalmente las componen grupos de militares, tanto soldados como oficiales, que dislocados del ejército regular derrotado deciden seguir la guerra por su cuenta (\*); conjuntos de antiguos contrabandistas y bandoleros acogidos al indulto por defender la patria contra los franceses, o grupos de gente honrada de todos los orígenes sociales –destacando el protagonismo de la pequeña nobleza– que por motivos patrióticos, religiosos o personales abandonan sus quehaceres habituales y se echan al campo para luchar contra los “*gabachos*”. Quizá deberíamos destacar también la vía de origen clerical, que dio lugar a las llamadas “partidas de cruzada”, organizadas desde las parroquias y monasterios, que protagonizarán actividades bélicas de tanta consideración como la conquista de Vigo. Los eclesiásticos de estas Partidas tuvieron su propio distintivo: una cruz roja de paño que llevaban sobre el pecho.

*(\*) Para otros historiadores, como Pedro Pascual, "eso de que estuvieran mandadas desde sus comienzos por oficiales del Ejército español que habían sido derrotados es una cuestión sin fundamento".*

*(Para las "Partidas de Cruzada" ver PASCUAL, Pedro: "Frailes guerrilleros en la Guerra de la Independencia", Historia 16, núm.280, Agosto 1999, pp.36-56).*

La aparición de la guerra de guerrillas atrajo de manera inmediata la atención de la Junta Central, que trató de introducir un cierto orden y control en la nueva forma de hacer la guerra mediante el *Reglamento de partidas y cuadrillas*, de 28 de diciembre de 1808, seguido el 17 del siguiente abril por la *Instrucción* destinada a organizar el llamado *Curso terrestre contra los ejércitos franceses*. La primera de las mencionadas disposiciones trataba de regularizar las situaciones surgidas de la derrota, distinguiendo entre *partidas* y *cuadrillas*, formadas éstas por antiguos contrabandistas, y tratando sobre todo de impedir, como

ocurrió, que la multiplicación de las guerrillas redujese los efectivos disponibles para las unidades regulares. El segundo de los decretos mencionados constituye una revisión del anterior y sienta las bases jurídicas de actuación de las guerrillas. Tras hacer responsables a los franceses de un sistemático incumplimiento de las leyes de la guerra y de saquear los lugares que ocupaban, declara el derecho universal de los españoles a luchar por su rey y por su independencia, afirmando su condición de combatientes aun cuando no llevasen uniforme de soldado. La parte dispositiva regulaba las relaciones de los guerrilleros con los comandantes militares y las autoridades locales del territorio ocupado, obligándolas a recompensar los servicios de los primeros así como a prestarles información, víveres y socorro.

Los objetivos que se le señalaban a las guerrillas en la *Instrucción* corresponden plenamente a lo que era ya y seguirá siendo la actuación de éstas: "evitar la llegada de subsistencias, hacerles difícil vivir en el país, destruir o apoderarse de su ganado, interrumpir sus correos, observar el movimiento de sus ejércitos, destruir sus depósitos, fatigarles con alarmas continuas, sugerir toda clase de rumores contrarios, en fin, hacerles todo el mal posible".

*(Un análisis detallado de toda la normativa acerca de las guerrillas, tanto por la Junta Central como por las Regencias y las Cortes se puede ver en PASCUAL, Pedro: "Guerra de la Independencia. Las normas para las guerrillas", Historia 16, núm.293, Septiembre 2000, pp.51-71).*

### **Los supuestos de la guerra de guerrillas.**

La guerra de guerrillas requiere para su aparición ciertos *supuestos condicionantes*, sin los cuales la guerrilla no tendría ninguna posibilidad de realizar sus fines bélicos o, por el contrario, sería innecesaria en el desarrollo de la campaña militar. La guerrilla sólo puede surgir sobre el hecho inicial de una indiscutible *inferioridad militar* que no permite mantener posiciones frente al enemigo.

La segunda condición inexcusable para la aparición de las guerrillas es más difícil de lograr, por cuanto es un factor activo que requiere una generalizada unidad de decisión por parte de la población civil, lo que conduce a una situación de *beligerancia universal* en que todos, o al menos la inmensa mayoría de los nacionales, se definen como beligerantes frente al enemigo, sin llegar por ello a considerarse o actuar como soldados. El apoyo popular crea unas condiciones específicas de lucha sin las cuales el guerrillero no podría mantenerse en su postura combatiente. La guerrilla presupone el carácter nacional de la guerra, manifiesto en la colaboración plena del pueblo. La beligerancia del pueblo resulta decisiva en cuanto facilita a los combatientes irregulares una serie de servicios militares que en otro caso ocuparían una parte importante de sus efectivos, como son los abastecimientos, la información, el servicio de correos y la sanidad.

En tanto la inferioridad militar responde siempre a una iniciativa del enemigo, contra la cual no se ha previsto la defensa o no existen los medios materiales para compensarla, la beligerancia universal es un factor que ha de crearse y, sobre todo, mantenerse a lo largo de campañas de larga duración. En este sentido, la creación y el mantenimiento del clima bélico encuentra en la represión y la violencia practicada por el enemigo los supuestos necesarios para su pervivencia, supuestos que hubieron, sin embargo, de ser aprovechados mediante una adecuada propaganda política, que, utilizando aquéllos como argumentos, creó y mantuvo el espíritu beligerante en la población civil. Es ésta, sin duda, la más importante actividad que el clero español prestó en los años de la guerra. Sus desaforados sermones y escritos en que llegaron a afirmar que los franceses no eran seres humanos y, por lo tanto, asesinarlos no constituía ni delito ni pecado, resultan un sorprendente ejemplo de la utilización de la propaganda al servicio de una causa política.

#### ***Manifiesto de la Junta Suprema de Sevilla (3 de agosto de 1808).***

*"La defensa de la Patria y del Rey, la de las Leyes, la de la Religión, la de los derechos todos del hombre, atropellados y violados de una manera que no tiene ejemplo por el Emperador de los Franceses Napoleón I, y por sus tropas en España, forzó a la Nación toda a tomar las armas, y a*

*elegirse una forma de gobierno; y en la angustia y estrechez en que la pusieron los franceses, como por una inspiración del Cielo, que casi puede reputarse por milagro, todas o casi todas las provincias crearon Juntas Supremas, se entregaron a ellas, y pusieron en sus manos los derechos y la suerte última de España.*

*Los efectos hasta ahora han correspondido felizmente a los designios que se tuvieron en su creación. Las Provincias se han armado; algunas han formado ejércitos numerosos..., todas o casi todas han peleado y pelean contra los franceses y por su Rey y Sr. Fernando VII, con un valor y una constancia, de los cuales ni Grecia, ni Roma, ni ninguna otra Nación del mundo ha tenido idea."*

### **Proclama de la Junta Central del Principado de Asturias**

*Asturianos leales y amados compatriotas (...) El Principado, en desempeño de aquellos deberes que más interesan al hombre, ya ha declarado formalmente la guerra a Francia (...). Su perfidia con nuestro rey y toda su familia, engañándole para hacerle pasar a Francia bajo palabra de un eterno armisticio para encadenarles a todos, no tiene igual en la historia (...) ¡Al arma, al arma, asturianos!.  
A. Fernández y otros: Documentos de Historia Contemporánea de España. Madrid, Actas, 1996, p.47.*

### **Los principios estratégicos de la guerra de guerrillas.**

La guerra de guerrillas española y, tras ella, toda guerra revolucionaria, se produce de acuerdo con una serie de principios estratégicos específicos.

El primer factor a destacar es el *carácter incesante de la guerra*, que hace referencia tanto a su duración global como al hecho de que no existan propiamente intervalos pacíficos entre las campañas. La beligerancia universal produce el fenómeno secundario de la *beligerancia permanente*: lucha en todos los niveles, incluso el individual, y en todos los momentos. Todos los nacionales son beligerantes y todos los instantes del día o de la noche son adecuados para la acción bélica, al no tener que someterse a las limitaciones del movimiento y acción propios de las más nutridas unidades regulares.

Esta situación de guerra permanente resulta decisiva cuando las unidades y los soldados franceses pierden contacto entre sí durante la marcha, circunstancia que da una momentánea superioridad a los españoles, aprovechada para exterminar a los rezagados, prevaleciéndose de la constante vigilancia que se ejercía sobre todas y cada una de las unidades francesas.

La estrategia de la guerrilla, numérica y materialmente inferior a las tropas regulares que combaten, se basa en la posibilidad de compensar esta diferencia gracias a una mayor *rapidez de movimientos*, condición que impondrá un *límite al número de guerrilleros*, más allá del cual el incremento aparente de sus fuerzas puede convertirse en una debilidad real al aumentar las posibilidades del enemigo para entrar en contacto y forzar un encuentro campal.

Consecuencia de lo anterior, la aparición de la guerrilla coincide con el nacimiento de un *nuevo concepto del dominio del espacio*. El jefe de partida ha de renunciar a conservar el terreno –cualquier terreno determinado en un momento concreto–, para poder mantener un dominio de todo el espacio en todo tiempo, con la única excepción del lugar y hora en que el enemigo realiza una concentración superior. El espacio geográfico deja de ser neutral para convertirse en aliado del guerrillero, que puede permanecer y encontrar en él protección, en tanto es para el invasor siempre hostil y le exige realizar un permanente gasto de fuerzas en conservarlo.

La *retirada* es un elemento constante de su estrategia: evitar los combates en que no existe la certeza absoluta de la victoria, el principal factor de la propia conservación. La *dispersión* de sus fuerzas ofrece un último recurso, al que sólo se acudirá en casos extremos, y aun entonces se mantendrá el contacto entre grupos, e incluso, en última instancia, entre los individuos aislados.

En la ofensiva juega un papel de primer orden la *sorpresa*, factor que a su vez depende, en gran medida, de la rapidez de movimientos y de la reducción al mínimo del tiempo necesario para entrar en combate.

Tanto en un caso como en otro, la guerrilla no puede aferrarse a cubrir el terreno, ni a mantener una línea de frente: necesita operar en profundidad jugando con las posibilidades que le brinda un espacio geográfico y, en caso de necesidad extrema, lo que pudiéramos llamar un *espacio humano* creado artificialmente por la población civil, entre la cual se confundirán los guerrilleros haciendo difícil, cuando no imposible, su identificación como combatientes.

El objetivo de toda guerra consiste en la destrucción de las fuerzas del enemigo, pero frente al modelo bélico, fundamentalmente clásico, utilizado por los imperiales, los españoles crearon una fórmula nueva –*la guerra revolucionaria*–, cuyos supuestos bastaban para anular la ventaja inicial de la superioridad militar francesa. En tanto los franceses y, por supuesto, también los ingleses, pensaban en términos de grandes unidades operativas y en combates en campo abierto en los que se decidiese el resultado de la guerra, los españoles consideraron que la guerra había de ser *total*, apurando todas las posibilidades y no sólo la de los ejércitos regulares, a fin de lograr una decisión. La consecuencia de esta formulación nos brinda una segunda característica: la guerra de desgaste, cuyo objetivo primordial no es la derrota, sino la *destrucción* del enemigo.

La guerra de desgaste implica, necesariamente, un dilatado desarrollo en el tiempo y supone, por lo tanto, una *lucha prolongada*, por cuanto en lugar de confiar la decisión al resultado de una batalla busca la destrucción previa de las posibilidades ofensivas del ejército enemigo, empresa que sólo puede lograrse mediante una prolongada actividad destructora. Tras la campaña napoleónica de 1808, los españoles se instalaron en la guerra dispuestos a sostenerla y a vivir dentro de ella sin tener en cuenta los resultados de los combates aislados por importantes y desfavorables que pudiesen ser o parecer, con el convencimiento de que el resultado último les sería favorable, cualesquiera que fuesen las batallas perdidas.

La guerra de desgaste busca la destrucción de la capacidad combativa del enemigo mediante una *estrategia de objetivos limitados* de la que se derivarán los más importantes principios tácticos. Ante la superioridad militar del enemigo, que trata de cercar y aniquilar a las fuerzas contrarias, la primera obligación consiste en la conservación de éstas, rehuyendo el combate, cediendo terreno o a cualquier otro precio que sea preciso. Las dispersiones de las tropas regulares de 1808 constituyen el caso histórico más impresionante de aplicación espontánea de este principio.

Habiendo salvaguardado e incrementado la capacidad combativa propia gracias al apoyo de la población, beligerante aun no siendo combatiente, la guerrilla recupera la iniciativa de manera inmediata. Dicha iniciativa conduce a encuentros que sirven únicamente al fin estratégico que se busca, siempre que cumpla con los siguientes principios tácticos: *superioridad de fuerzas en el campo de batalla, rapidez del combate y garantía de éxito*. Sólo con la seguridad de esta triple certeza es aceptable el combate.

La realización de las condiciones anteriormente mencionadas impone inexcusablemente una gran movilidad, virtud en que los españoles destacaron de manera notable, incluso en aquellas partidas más numerosas.

Dueños indiscutibles de una superior movilidad, los guerrilleros podían cuidar del cumplimiento de las tres condiciones tácticas mencionadas, y con ellas tuvieron en sus manos en todo momento la iniciativa de las operaciones, reduciendo al ejército francés a una postura defensiva o a inútiles embestidas que no encontraban ante sí más que el vacío.

Un último y valioso principio táctico de la acción combativa de las guerrillas consiste en la utilización del armamento arrancado al enemigo, cuyo ejército constituyó, como en las modernas guerras revolucionarias, una importante fuente de abastecimiento de armas, municiones, prendas de vestir, animales, etc.

### **Los resultados de la guerra de guerrillas.**

La importancia de las guerrillas ha resultado tradicionalmente infravalorada en lo que respecta a su trascendencia militar. Sin embargo, para Miguel Artola la acción de las

guerrillas fue más decisiva que la de los ejércitos regulares español e inglés. Los imperiales no fueron obligados a evacuar el país por la derrota que sufrieron en los Arapiles y todavía menos por la que posteriormente experimentaron en Vitoria. Antes de estas batallas su dominio de la Península había alcanzado un punto crítico y bastó un resultado adverso en un único combate para verse obligados a evacuar, primero Andalucía y luego la totalidad del país.

La primera e importante misión estratégica en que las guerrillas obtuvieron un éxito decisivo fue la *fijación de fuerzas francesas*, apartadas del combate y consumidas en una misión de ocupación del país, de defensa de las comunicaciones, necesaria de resultados de la multiplicación del número y volumen de las partidas. Para asegurar, en lo posible, sus comunicaciones, los franceses hubieron de fortificar y cubrir de guarniciones cada etapa del camino, y para mantener el contacto entre unas y otras les fue preciso organizar columnas volantes que, a pesar de todo, no podían mantener abiertas las comunicaciones sino en momentos aislados, en los que convoyes fuertemente escoltados corrían el riesgo de seguir las rutas españolas.

FECHA	EFFECTIVOS FRANCESES EN ESPAÑA	BATALLAS (FECHAS)	SOLDADOS FRANCESES QUE INTERVIENEN EN LAS BATALLAS
Junio 1808	165.103		
Octubre 1808	300.552		
Febrero 1809	288.552	Talavera (28-VII-1809)	46.138
Enero 1810	324.996		
Julio 1811	354.461	Albuera (16-V-1811)	23.000
Octubre 1812	258.898	Arapiles (22-VII-1812)	42.000
Julio 1813	98.970	Vitoria (21-VI-1813)	65.000

Atacados por la permanente acción de los guerrilleros, las tropas francesas resultan fijadas al terreno, y si conservan una relativa iniciativa táctica –la de perseguir a las partidas– a costa de perder o cuando menos de ver profundamente afectada su iniciativa estratégica de conjunto.

Mantener un dominio aparente sobre el país y controlar las ciudades y pueblos de mayor población bastaría para entretener a la inmensa mayoría del ejército francés, el cual, a medida que se extiende y ocupe mayores territorios, verá más limitadas sus posibilidades de acción, llegando incluso a comprometer gravemente su permanencia en los lugares conquistados.

La práctica de la guerra de guerrillas tiene una segunda consecuencia en lo que respecta al *dominio del espacio geográfico*. Todo el territorio nacional es considerado como campo de batalla, y el problema que resuelven las guerrillas es el de mantener un dominio permanente sin verse obligados a una constante defensa del terreno, sin caer en la necesidad de cubrir y sostener una línea de frente. La forma en que se manifiesta este resultado se expresa en el hecho de que los ejércitos franceses sólo son dueños del terreno que pisan, y apenas lo abandonan vuelve automáticamente a caer bajo el control de las partidas.

El *control de las comunicaciones* es una consecuencia de lo anterior y constituye otro de los factores decisivos a la hora de explicar las causas reales de la derrota francesa. La importancia de las comunicaciones en el desarrollo de las operaciones militares resulta determinante, por cuanto son un medio insustituible para la transmisión de informaciones, sin las cuales un ejército, por poderoso que sea en efectivos y armamento, se convierte en una masa ciega, ineficaz, y lo es también para el transporte de abastecimientos y el traslado de refuerzos.

A comienzos del siglo XIX, el camino proporciona en exclusiva estos tres elementos vitales para la acción y conservación del ejército, que son *información, refuerzos y abastecimientos*. La pérdida continuada del control de las comunicaciones conduce a un ejército a su total destrucción en un plazo de semanas o, cuando más, meses. Aun sin tener en cuenta este caso límite, hemos de observar que a un ejército no le basta con *estar* en el

terreno, sino que su misión y, por lo tanto, su importancia bélica reside siempre en la realización de ciertas acciones, y que un dominio ocasional y difícil de los caminos puede bastar para que se encuentre en la incapacidad de cumplirla, con lo que pierde toda su importancia como factor decisivo para la realización de una determinada política.

El oficio de correos, por ejemplo, se convirtió en el más peligroso que se podía desempeñar en las filas francesas, y para garantizar una información era preciso sacrificar la rapidez del correo aislado a la seguridad de la escolta, cuando no del convoy. Blake llegará a decir: "*la mitad, iqué digo la mitad, casi todo el ejército!, se ocupa de servir de escolta a los correos*".

A pesar de su indiscutible importancia, ninguno de los resultados enumerados puede compararse con la que pudiéramos llamar *erosión de los efectivos enemigos*. Bigarre dice: "*Las guerrillas han causado más pérdidas a los ejércitos franceses que todas las tropas regulares durante la guerra de España; está probado que nos asesinaron cien hombres diarios. Así, durante el período de cinco años, han muerto más de 180.000 franceses, sin perder por su parte arriba de 25.000*".

Finalmente, la guerra de guerrillas sirve para modificar la situación internacional. Aparte de su carácter ejemplar, reflejado en su adopción por otros países, tuvo una decisiva importancia en la gran estrategia europea al absorber e inutilizar la Grande Armée y permitir a los restantes beligerantes mayores oportunidades. En 1812 se puso de manifiesto la incapacidad de Francia para hacer frente a dos objetivos simultáneos de la importancia militar de España y Rusia. Bastó que retirase unos cuantos miles de hombres y, sobre todo, que dejase de atender al frente español, para que la situación de los ejércitos franceses en la Península se hiciese insostenible. Arapiles fue el resultado táctico de la nueva situación, y la evacuación de Andalucía, la más importante consecuencia estratégica de la inferioridad francesa provocada por el terrible y desproporcionado desgaste que habían sufrido las fuerzas imperiales en la Península.

***Bando del jefe guerrillero Gaspar Jáuregui, el Pastor.***

*"Pastores, no hay que dexallo que semos los mejores soldados para la guerra con los gavachos. Los señores generales bien nos conocen, y saben que a los pastores nada les espanta, y que estamos hechos a trabajos, porque el sol, la escarcha, la nieve y los andaluvios caen sobre nosotros; dormimos al sereno, la cama siempre está hecha, jamás nos desnudamos, el uniforme siempre el mismo, nuestras armas son la fábrica de nuestras ovejas porque de su lana hacemos las hondas, y nuestra munición se halla en todas partes; y que para llevarla no es menester carros porque zurrón vacío, zurrón lleno; bien saben los señores que también sabemos andar por los veriquetos y que hacemos la agachadiza, y en un santiamén nos echamos a cuestras, y en otro santiamén fuimos a otra parte; y que jamás de los jamases necesitamos de camino rial, porque sabemos los atajos y por la noche sabemos hacer más rizia que una nube de verano. Pues, y qué, ¿no saben que ocasiones meneamos el garrote como el mejor espadachín? Pues no han de venimos con bayonetas, porque de ca trancazo echaremos al infierno quantos franceses se pongan delante con todas sus manifaturas y herramientas".*

*F.HERNÁNDEZ GIRBAL, Juan Martín el Empecinado, Lira, Madrid, 1985 (cit. En Jean René AYMES, "La guerra de la Independencia", I, Cuadernos de Historia 16, nº207, Madrid, 1985, separata central).*

*Para un asunto directamente relacionado con la guerrilla como es el espionaje: SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, Jorge: "Un espía español en la Guerra de la Independencia". El capitán Juan López Fraga organizó una red de confidentes para espiar al Ejército de Napoleón. Historia 16, núm.298, Febrero 2001, pp.106-108 Y SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, Jorge: "La Rosita: una espía española en la Guerra de la Independencia". Pública querida del general galo François Étienne Kellermann, máxima autoridad militar y política de Valladolid que hacía de confidente en secreto para la guerrilla. Historia 16, núm.269, Septiembre 1998, pp.58-61.*

*Para las vivencias de los soldados franceses en la guerra ver: MORENO ALONSO, Manuel, "Recuerdos de la Guerra de la Independencia" (de un oficial francés), Historia 16, núm.197, Septiembre 1992, pp. 34-40.*

*Para la contraguerrilla (o brivalla) ver AYMES, J.R. "La guerra de la Independencia (1)", Cuadernos de Historia 16, núm.207, 1985.*



## 5. LA GUERRA NAVAL.

Por imaginar a menudo que las dos armadas, la española y la francesa, habían sido aniquiladas por los ingleses en Trafalgar, el 21 de Octubre de 1805, se suele presentar la Guerra de la Independencia como un conflicto que se produce exclusivamente sobre el continente, en el que se dan por objetivos, no la conquista de puertos, astilleros y barcos, sino la dominación de la capital, la ocupación de las plazas fuertes y el control de los ejes de comunicación. Así se olvida, no el hecho de que Inglaterra es dueña del Mediterráneo y del Atlántico, pero sí el que Francia y España, que no están totalmente desprovistas de marina, también se enfrentan en el mar.

Uno de los errores estratégicos de Bonaparte es el de haber permitido a Inglaterra llevar la guerra a la Península Ibérica, cuyo litoral no podían controlar los franceses. Interviniendo en España, país dotado de una dilatada fachada marítima, Inglaterra tenía la posibilidad de utilizar numerosos buques sin exponerlos al peligro de destrucción. También podía contar con la ayuda de los barcos de comercio españoles, asimismo numerosos. Por el contrario, no podía esperar mucha ayuda de la armada de Carlos IV. Un documento gubernamental evoca el lastimoso estado de la misma: hay una grave escasez de maromas, cuerdas, velas, cartuchos, pólvora, armas blancas y fusiles cortos. En 1810, la escuadra sólo consta de una decena de barcos, de los cuales sólo dos cuentan con más de cien cañones. En lugar de los 10.000 marineros que necesita, sólo dispone de 3.000. Los barcos franceses se enfrentan sobre todo con los británicos cuyo número –844- es impresionante. Naturalmente, sólo una mínima parte de ellos interviene a lo largo de las costas peninsulares, pero en la mayoría de los casos los ingleses tienen sobre los franceses una marcada superioridad numérica.

Gracias a su flota, los ingleses pueden transportar importantes fuerzas destinadas al combate terrestre, procedentes a veces de zonas lejanas. Así ocurrirá que los regimientos llegados por mar y desembarcados repentinamente tomen por sorpresa a las tropas imperiales. Y cuando éstas están a punto de obtener una victoria, a los soldados británicos les queda una posibilidad –velada a sus contrarios- de embarcarse.

Por barcos les llegan a los combatientes del interior las armas, las municiones y el material de guerra. También los españoles y los ingleses se valen de los barcos para transportar con cierta velocidad cartas y órdenes escritas, mientras que en tierra firme muchos correos franceses caen en manos de los guerrilleros.

La amenaza constante de los desembarcos enemigos obligaba a los franceses a destinar miles de sus imprescindibles soldados a patrullar por las playas, guarnecer los puertos y armar las baterías costeras. En 1812, el mariscal Suchet, que intenta controlar la zona levantina, tiene que dedicar más de 30.000 hombres a la vigilancia de la costa y al control de las comunicaciones terrestres, no quedándole más que otros 8.000 para emprender operaciones militares de cierta envergadura.

Los españoles que –como se ha dicho antes- no disponen de navíos de línea comparables a los ingleses, tienen que recurrir a embarcaciones ligeras y veloces, de distintas clases. Algunas sólo son de vela, pero otras constan de varias filas de remos, con lo cual se hace menos arriesgado acercarse al litoral. Llevan de ordinario una o dos piezas de artillería. Los franceses suelen llamarlas *flotilla a la española* cuando aparecen agrupadas.

Se ha subvalorado la acción multiforme de la flota española. Aunque de calidad mediana, los barcos de comercio mantienen abiertas las relaciones con los territorios americanos; intervienen las fragatas al lado de los barcos ingleses en los combates navales; y sobre todo, la *flotilla a la española*, que no se aleja mucho de la costa, hostiga a las tropas imperiales sin que la artillería que lleva a bordo pueda infligirles pérdidas significativas, porque la precisión de los golpes es pésima y corto el alcance.

## **6. EL FIN DE LA GUERRA.**

El sentido de la guerra cambió definitivamente en la primavera de 1812. Napoleón retiró un importante contingente de tropas para engrosar un gran ejército con el que habría de iniciar la invasión de Rusia. Este debilitamiento dio paso a una ofensiva aliada, que obtuvo una importante victoria en la batalla de los Arapiles (Salamanca, 22-Julio-1812). Como consecuencia, José I abandona Madrid en dirección a Valencia, y Soult, temiendo quedar aislado, levanta el asedio de Cádiz y se retira de Andalucía. Todavía organizarían una última ofensiva las fuerzas francesas concentradas en Valencia. El 2 de Noviembre José I vuelve a entrar en Madrid y dos semanas después las tropas de Wellington se repliegan nuevamente a Portugal. Finalmente, la campaña de 1813 será decisiva. En Rusia, el ejército napoleónico es destruido durante el duro invierno de 1812-1813 en su intento de replegarse. En la Península, las tropas napoleónicas comenzaron a retroceder en la primavera de 1813, abandonando Portugal. El 15 de mayo se retiran definitivamente de Madrid, evitando la batalla, y llegan hasta Vitoria (15-Junio-1813), donde, con sus efectivos muy mermados, son derrotados, como lo serían en Irún algo más tarde (San Marcial, 31-Agosto-1813). En estas circunstancias, los ejércitos franceses abandonan Valencia y se repliegan siguiendo la costa hasta cruzar el Pirineo Oriental. A finales de año, Napoleón, vencido también en Alemania, trata de evitar ser atrapado entre dos fuegos y negocia con Fernando VII su vuelta a España. A pesar de que algunas fuerzas españolas cruzaron los Pirineos y persiguieron a las tropas francesas, la guerra en la Península había terminado.

## **7. CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.**

En un sentido general, la guerra va a significar una catástrofe de carácter nacional no sólo por sus consecuencias desastrosas de pérdidas humanas y materiales, sino por lo que significa de broche nefasto al proceso de quiebra económica y financiera que vivía el país con anterioridad y que viene a poner fin al proceso de modernización económica y desarrollo industrial que, desde los planteamientos de la Ilustración, se pretendían llevar a cabo en el país. La guerra arruinó definitivamente la Hacienda española, al imponer el doble coste de la financiación de la resistencia y de las exacciones del enemigo. Paralelamente al vertiginoso aumento de los gastos, los ingresos cayeron no menos rápidamente, hasta situarse en 1812 en apenas 200 millones de reales. El reinado de Fernando VII transcurrirá con la constante angustia del problema de la quiebra de la hacienda, sin que pueda hallarse la solución (parcial) hasta muy entrado el siglo XIX.

La guerra de la Independencia, calificada como una de las grandes catástrofes sufridas por España en todos los tiempos, produjo en torno a medio millón de muertos sobre una población que no sobrepasaba los 11 millones en 1807. En esas defunciones se cuentan no sólo los caídos en acciones militares, sino también los que murieron por causa del carácter general de la guerra (hambre, epidemias en los sitios, represalias, etc.) y por alcanzar su incidencia en la totalidad del territorio nacional.

En España dirimen sus diferencias los ejércitos franceses e ingleses, alejando así las repercusiones que la actividad bélica tendría en sus respectivos territorios nacionales. La ocupación francesa es terriblemente destructora: bombardeos indiscriminados de ciudades para forzar su capitulación o destrucción total de las plazas fuertes y defensas para evitar su posterior reconstrucción. Esta devastación casi sistemática del mundo urbano condiciona la inmediata posguerra a la labor de reconstrucción, absorbiendo una parte importante de los escasos recursos de que podía disponer el país.

El mundo rural, por su parte, se encuentra sumido en la más absoluta miseria. Las enfermedades se ceban en una población subalimentada y las crisis de subsistencias –con gran incidencia la de 1812- se cobran un gran número de víctimas, especialmente entre los más desfavorecidos. No menos importante era la auténtica crisis de desabastecimiento que, en su entorno rural, producían los ejércitos en campaña por la necesidad de proporcionar

miles de raciones de carne, de pan, de paja y otros alimentos para los animales, etc., y que en una economía mayoritariamente de subsistencia era muy difícil recuperar.

Desde un punto de vista político, el final de la contienda a través del Tratado de Valençay significaría la vuelta al absolutismo y al Antiguo Régimen, un regreso a las condiciones en que se encontraba el país en 1808, poniendo fin de este modo a los intentos de modernización que habían comenzado a ensayarse en las Cortes de Cádiz. Además, y desgraciadamente, el importante papel jugado por España en la derrota napoleónica no se reflejó en el Congreso de Viena de 1815. Tras el regreso de Fernando VII a España, el papel de los diplomáticos españoles y la escasa fuerza política del nuevo régimen hicieron que España no sólo no obtuviera ganancia territorial alguna, sino que además se encontró sin apoyos para detener el movimiento independentista americano, alentado por Inglaterra. El inicio de la guerra, en efecto, había provocado en las colonias americanas el estallido del movimiento independentista. Los grupos criollos, empapados de ideas nacionalistas por influjo de los procesos revolucionarios norteamericano y francés, aprovecharon el levantamiento español de 1808 para, imitándole, organizar sus propias Juntas y cabildos. Pero si en España era una rebelión contra los invasores, en América se convirtió en una revolución independentista. Los líderes revolucionarios sustituyeron a las autoridades de la metrópoli y proclamaron la independencia de sus territorios, en un movimiento espontáneo y casi siempre desorganizado, que en buena parte sería controlado por las autoridades españolas al término de la guerra. Como veremos, sin embargo, la etapa de la guerra no fue sino el inicio del proceso definitivo de emancipación.

Otro aspecto, de mayor trascendencia sociológica, fruto de la ocupación militar francesa y la resistencia a la misma, fue el nacimiento de un patriotismo exaltado que sienta sus principios en la continuidad de la tradición guerrillera y en la afición militar a detentar el poder político. De este patriotismo surgen algunas ideas que serán recurrentes en el pensamiento reaccionario español durante la época contemporánea. Por una parte, el desprecio de los militaristas por el poder civil, al que rechazan por estar en manos de "políticos ineptos", mientras ellos encarnan la voluntad general de la nación; por otra, el sector tradicionalista del clero, que colabora a mantener el espíritu combativo de los creyentes en defensa del Antiguo Régimen, prefigurando así el apoyo que este estamento prestará después al carlismo. Además, los episodios de Bailén, Zaragoza, Gerona, las acciones guerrilleras, etc., convenientemente glorificadas en los "*Episodios Nacionales*" de Pérez Galdós y mitificadas por la opinión pública, provocaron un rechazo frontal hacia *lo "extranjero"*. El siglo XIX español se caracterizará en adelante por un aislamiento casi total con respecto al exterior.

Por último, consecuencia directa de la derrota francesa fue el exilio de los afrancesados, que en un número aproximado de 15.000 debieron atravesar la frontera junto con las tropas francesas. La represión posterior por parte de Fernando VII supuso la continuación de su exilio hasta 1820, la expropiación de sus bienes y unas tensas relaciones entre el gobierno francés, obligado a su mantenimiento, y el español, que hasta 1818 no se avino a atenuar la represión.

(Como ejemplo ver: MORENO HERRERO, Luis: "*Españoles malditos, los afrancesados*". *Historia 16*, núm.25 y DUFOUR, Gerard, "*La tragedia del clero afrancesado*", *Historia 16*, núm.122, Junio 1986, pp.21-28).

Cabría mencionar también el importante expolio de obras artísticas, sólo parcialmente devueltas tras la guerra, realizado por los franceses. (Para ampliar: ANTIGÜEDAD DEL CASTILLO-OLIVARES, M.<sup>a</sup> Dolores: "*España expoliada. La política artística de José Bonaparte*". *Historia 16*, núm.141, Enero 1988, pp.33-42).

Apuntes básicamente elaborados a partir de:

ARTOLA, Miguel. *La España de Fernando VII*. Espasa Calpe, 1999.

AA.VV. *Historia. 2º Bachillerato*. Mc Graw Hill, 1997

La introducción es de:

ARMESTO SÁNCHEZ, Julio y otros. *Historia de España. Comentarios de textos históricos*. Port Royal Didáctica, 1ª ed., 1997.

Utilizados también:

AYMES, J.R. *La guerra de la Independencia española (I y II)*. Cuadernos de Historia 16, números 207 y 208.

PAREDES, Javier (coordinador). *Historia contemporánea de España (siglo XIX)*. Ariel, 1998.

AA.VV. *Historia de España. 2º Curso de Bachillerato LOGSE*. Linaria, 1997.

AA.VV. *Historia de España. 2º Bachillerato*. Akal, 1998.